

LAS CAMPAÑAS DE MALTA DESDE EL PUNTO DE VISTA LITERARIO

Jaime de SALAZAR Y ACHA
Académico de la Historia

Quiero comenzar mis palabras, como es obligado, con mi agradecimiento a los organizadores de estas jornadas –especialmente al vicealmirante don Marcial Gamboa, director del Instituto de Historia y Cultura Naval, y al conde de Santa Olalla, presidente de la Asamblea Española de la Orden de Malta, aquí presentes– por haberme invitado a participar en ellas. No es la primera vez que lo hago, pues ya he intervenido en este foro en anteriores ocasiones. Pero quiero también manifestar que esta invitación no se debe en realidad a mis méritos, sino a la casualidad de que hasta hace poco tiempo –y durante dieciocho años– he sido el asesor histórico de la Asamblea Española de la Orden de Malta, sucediendo a don Hugo O’Donnell, duque de Tetuán, coordinador de estas jornadas. Es curioso, además, que en este acto participemos ambos junto al actual asesor histórico: el profesor don Carlos Nieto, que es quien me ha sucedido, y al que auguro un brillante futuro en el desempeño de este mismo cargo de la Orden.

En una anterior intervención hice un extenso recorrido por la actuación naval de la Orden de San Juan en la Edad Media, hasta la pérdida de la isla de Rodas y su instalación en la de Malta –por concesión del emperador Carlos V, como rey de Sicilia, juntamente con su madre, doña Juana– en el año 1530. Me propongo en esta nueva intervención continuar con el relato, pero huyendo de repetir datos y efemérides archiconocidos y haciendo, en cambio, hincapié en las biografías de algunos de sus protagonistas y en la relación que de estos personajes nos ofrecen las fuentes literarias de la época.

La primera reflexión que quiero plantearles es la de que la idea, que todos podemos sustentar, de que la Orden de Malta es una corporación cuya actividad en la historia ha estado vinculada permanentemente con el mar y con la guerra naval tiene por fuerza que ser matizada, porque nada hay en su origen, constitución y objetivos que pueda apoyar esta afirmación. La evidente relación de la Orden con el mar va a ser una consecuencia de los avatares políticos mucho más que de su originaria vocación.

Tras la pérdida de Jerusalén a manos de Saladino, la Orden se instala en Acre, conquistada por Ricardo Corazón de León en 1191. Allí residirá el maestre sanjuanista hasta la caída de este último bastión del Reino Latino en 1291, y esta será la causa del nuevo nombre de la ciudad: San Juan de Acre. Esta ciudad era, por entonces, el principal puerto de Tierra Santa, y la Orden, durante este periodo, construirá allí un importante hospital y una magnífica iglesia dedicada a san Juan Bautista.

Este asentamiento de la Orden en Acre, la antigua Ptolemaida, supuso en consecuencia para la orden del Hospital la causa originaria de su futura reconversión, pues con ello se sentaron las bases de su ulterior actividad naval militar, cuya primera operación fue, en 1219, el cerco de la plaza de Damietta, en Egipto, por una escuadra cristiana enviada por las ciudades de Génova y Pisa, y en la que participaron activamente los caballeros hospitalarios. Naturalmente, la participación de los caballeros de la Orden en esta expedición naval no supone, de ningún modo, su implicación en actividades maríneas, pero ciertamente no es disparatado pensar que este primer contacto con la marina pudo muy bien abrir los ojos a los caballeros sobre las enormes posibilidades y ventajas de esta otra forma de actuación en materia militar. En 1248 veremos a la Orden participar con la flota cristiana en la cruzada de san Luis contra Egipto.

Pero, en 1291, también caería San Juan de Acre en poder de los musulmanes, y los escasos caballeros supervivientes se embarcaron en el gran puerto, dirigiendo sus velas a la isla de Chipre, regida por entonces por los reyes cristianos de la casa de Lusignan.

Poco tiempo después de este nuevo asentamiento sanjuanista, el maestre frey Foulques de Villaret va a dar un paso más en este definitivo maridaje de la Orden con el mar. En efecto, en 1310 la Religión va a consumir la conquista de la isla de Rodas, donde se mantendrá con plena soberanía hasta 1520. Este territorio, clave estratégica en el Egeo y refugio por entonces de corsarios y piratas, estaba nominalmente sometido al emperador bizantino Andrónico II. Con ayuda del papa Clemente V, de la república de Génova y del rey de Nápoles (Carlos II de Anjou), se aparejó una fuerza naval de veinticinco galeras y otros navíos, que salió de Brindisi hacia Chipre. Los caballeros y sus aliados se presentaron por sorpresa en la isla, tomando posesión de la fortaleza de Filermo tras ligera resistencia.

Se inicia así la soberanía de la Orden, asentada ya en un territorio propio donde se acuña moneda, se amuralla la ciudad, se construyen la fortaleza más grande del Mediterráneo, así como las defensas del gran puerto, se levantan la catedral de San Juan Bautista y, naturalmente, el Hospital, que pervive todavía hoy, aunque destinado a museo.

Ya desde unos años antes tenemos constancia de la actividad militar en el mar por parte de la Orden. Así, sabemos que en el capítulo general convocado por el maestre Villaret, celebrado en Limasol el 5 de noviembre de 1300, se disponía «que sea creado el cargo de almirante con autoridad sobre las galeras y las gentes de armas, con una asignación personal de cien besantes». Igual-

mente, los capítulos generales celebrados en Montpellier el 24 de octubre de 1330, donde se cita como almirante al italiano Emanuele del Carreto, son verdaderamente explícitos a estos efectos. El estatuto tercero dice así: «Que el Almirante de la Religión, el qual es cabeza de la lengua de Italia, tenga autoridad sobre todas las galeras y bajeles armados y pueda retener los forzados y galeotes con la gente de guerra y les haga la paga en el Tesoro y así, en mar como en tierra, le tengan por superior los soldados marítimos».

De resultas de esta insularidad, los caballeros sanjuanistas, plenamente adaptados a combatir en el mar, se mantuvieron durante muchos años como verdaderos árbitros de la guerra naval en Oriente porque, como nos dice un autor de aquellos días, «fortificándose allí esta sacra Religión y, armando galeras, bajeles y otras fustas, no solamente tuvo los mares de Oriente limpios de corsarios, dando libre y seguro pasaje a los peregrinos cristianos que iban a Jerusalén con salvoconducto, sino que puso miedo con su armada a los sarracenos y turcos, que, con el felicísimo curso de sus victorias, por muchos años habían infestado todos aquellos mares».

Sin embargo, hay que subrayar que la flota sanjuanista nunca fue demasiado numerosa, pues aunque la Orden recurrió, cuando se vio precisada de ello, al arrendamiento de galeras pisanas y genovesas, su fuerza permanente no pasó de estar compuesta por una o dos carracas, seis galeras y algunas naves auxiliares menores: galeotas, fustas, bergantines y jabeques.

Y aquí viene la primera cita literaria de las que van a adornar mi intervención, referida precisamente a estas seis galeras de la Orden. Cuando éramos niños, muchos de nosotros hemos leído y memorizado los versos de un conocido poema de don Luis de Góngora que comienza con «Amarrado al duro banco / de una galera turquesca ...», en el que se nos refieren las cavilaciones de «un forzado de Dragut / en la playa de Marbella [que] se quejaba [de los diez años sin libertad] / al ronco son / del remo y de la cadena». El poema concluye estas cavilaciones del remero cautivo cuando se descubren en lontananza «... de la Religión seis velas, / y el cómitre mandó usar / al forzado de su fuerza». Bien. Este poema es, por tanto, un retrato fiel de esta actividad naval sanjuanista, pues estas seis velas de la Religión son una mención exacta de las seis galeras de la Orden, verdadera guardiana, por entonces, de la paz naval en el Mediterráneo occidental.

Sobre toda esta actividad naval existe una obra fundamental, al menos desde la perspectiva española, que es la de fray don Juan Agustín de Funes y La Figuera, nacido en 1588 de ilustre familia aragonesa, que fue caballero de San Juan, comendador de Mallén y recibidor del Común Tesoro de la castellanía de Amposta. Escribió su conocida obra titulada *Corónica de la Ilustrísima Milicia*, y *Sagrada Religión de San Juan Bautista de Jerusalem* en dos volúmenes, editados en Valencia (1626) y Zaragoza (1636). Bien es verdad que la obra es algo profusa y desordenada, resultando a veces difícil situar los hechos cronológicamente, pero nos ofrece una enorme cantidad de datos sobre los diversos acontecimientos navales de la época, con especial énfasis en el establecimiento de la Orden en la isla de Malta (1530); el gran sitio de

la isla por Solimán el Magnífico (1565), y su liberación por la llegada de la escuadra española, comandada por el virrey de Sicilia, don García Álvarez de Toledo.

Este ilustre personaje, hijo segundo de don Pedro de Toledo, virrey de Nápoles –hijo menor, a su vez, del segundo duque de Alba–, y de doña Juana Pimentel Osorio, segunda marquesa de Villafranca, había nacido en Villafranca del Bierzo, en 1514, y falleció en Nápoles, en 1569. No vivió por tanto más que cincuenta y cuatro años, edad corriente en el periplo vital de los personajes de la época, pero su examen nos asombra por la enorme actividad desplegada. Había comenzado en 1533 sirviendo a las órdenes de Andrea Doria, en las galeras de Nápoles, con dos galeras suyas. En 1535, con veintiún años, era ya general de seis galeras, con las que se distinguió en el ataque al fuerte de La Goleta en Túnez, así como en Argel y Sicilia. En la campaña dirigida en 1538 por Andrea Doria contra las costas griegas, dentro de la Santa Liga, don García comandó cinco galeras de Nápoles, y ese mismo año, en La Prevesa, el almirante genovés le asignó el flanco derecho de la armada de la Santa Liga. Las campañas navales de don García se extendieron por el Egeo y todo el Mediterráneo central. Ese mismo año, sus naves estuvieron también en Berbería, protegiendo Sicilia y el sur de Nápoles. La rapidez de movimientos de las diecisiete galeras dirigidas por don García en ese verano fue asombrosa. Tras pasar de Reggio a Manfredonia, se dirigió por la Dalmacia de uno a otro extremo, y desde allí asaltó el enclave turco de La Velona, en el estrecho de Otranto. En 1541, antes de la fallida ofensiva imperial contra Argel, volvió a recorrer el norte de África en diversas operaciones de saqueo, y llegó a ocupar Monastir y otros puertos al sur de Túnez. En estas jornadas inventó una ingeniosa batería flotante, mediante una plataforma construida sobre el puente de dos galeras.

Luego fue capitán general de la expedición a Grecia, donde desembarcó, apresando gran número de cautivos y derrotando a su regreso al pirata Barbarroja. En 1544, con treinta años, se le dio el título de capitán general del mar, manteniéndolo durante más de diez años. Cesó a petición propia en 1554 y pasó a ser coronel general de la infantería del reino de Nápoles –al año siguiente–, a las órdenes de su primo el gran duque de Alba. En 1558 fue nombrado virrey de Cataluña, y en 1564, nuevamente como capitán general del mar, conquistó el peñón de Vélez de la Gomera, empresa considerada irrealizable por entonces. Al año siguiente, siendo virrey de Sicilia, fue capitán general de la expedición que levantó el gran sitio de la isla de Malta y falleció repentinamente en Nápoles, en 1577, de una parálisis. En marzo de 1569 había recibido de Felipe II, como premio, el ducado de Fernandina, en Nápoles, a lo que sumó unos meses después, por muerte sin hijos de su hermano mayor, el marquesado de Villafranca con la grandeza de España. Una curiosidad genealógica que no quiero que nos aleje del tema, pero que tiene su interés sociopolítico. Su hermana doña Leonor estaba casada con el gran duque de Toscana, Cosme II de Médicis, y de este matrimonio nació la reina María de Médicis, mujer de Enrique IV de Francia. Nuestro virrey era, por tanto, tío abuelo de

Luis XIII y tío bisabuelo de Luis XIV. Todo esto lo digo para calibrar mejor la importancia del personaje. Casó con una princesa romana, Vittoria Colonna, con quien tuvo varios hijos de los que descienden los actuales Álvarez de Toledo, entre los cuales se cuenta –y ya sé que no le va a gustar que lo diga– nuestro actual presidente de la Asamblea Española.

Volviendo a nuestro comendador Funes, autor de la referida crónica, su segundo volumen incluye, tras su prólogo, varios poemas laudatorios de la obra escritos por distintos personajes, entre los que vamos a destacar a los dos más conocidos.

El primero es nada menos que del Fénix de los Ingenios, Félix Lope de Vega, en el que cita a la Orden con su culterana retórica:

*Los felices progresos
de la Sagrada Religión Bautista,
ya que los indefensos
ánimos que la bárbara conquista
invasión del cruel Bósforo Tracio
sufrieron en los muros tanto espacio.*

(...)

*Y aquellos que en Lepanto
vio el mar con tanto honor perder la vida
del Instituto Santo,
la blanca insignia en púrpura teñida,
sin otros mil, que hubieran escondido
las negras aguas del oscuro olvido.*

Y concluye:

*Eternizó la Gloria
Romana Livio, y Xenofón la Griega,
a cuya grave historia
la heroica tuya la ventaja niega
por quien de Rodas en ceniza oculta.
Malta Fénix Crucífera resulta.*

Los otros versos que destacamos en esta obra son las siguientes décimas de Luis Vélez de Guevara, autor de *El Diablo Cojuelo* y de *Reinar después de morir*, dedicadas a fray Juan de Funes, en las que hace un curioso juego de palabras con el nombre del autor y el del patrono de la Orden.

*La blanca cruz del Bautista,
que tremoló en el Jordán,
celebráis siendo don Juan
su divino coronista.
Por su soldado os alista,*

*y dando de su cruz vos
al mundo luz, en los dos,
dos prodigios considero:
que vos de Juan sois lucero y
Juan lucero de Dios.*

Pero, indudablemente, el gran literato de la Orden, ya que fue miembro de ella, es el Fénix de los Ingenios, Félix Lope de Vega Carpio, una de las figuras más descollantes de la literatura española del Siglo de Oro. Lope era hijo de un hidalgo montañés, hoy diríamos cántabro, llamado Félix de Vega Carpio, y de su mujer, Francisca Fernández Flórez. Había nacido en Madrid el 25 de noviembre de 1562, casi al mismo tiempo que Cervantes, Góngora y Mateo Alemán. Fue educado, desde que cumplió los diez años, por su tío don Miguel de Carpio, inquisidor de Sevilla, en el Colegio Imperial de los jesuitas. Era ya, a esa edad, un niño prodigio que leía castellano y latín, traducía esta lengua de corrido y escribía comedias. Sabemos que, teniendo unos doce años, escribió dos comedias, *El verdadero amante* y *La pastoral de Jacinto*.

Luego estudió en Alcalá de Henares y Salamanca, y su vida pronto estuvo llena de constantes triunfos literarios, intercalados con numerosos desencuentros con la justicia por culpa de una desarreglada vida amorosa. Tuvo también otras aficiones, si es verdad lo que Góngora sugería en aquellos versos malignos dedicados a Quevedo y a nuestro autor: «Hoy hacen amistad nueva, / más por Baco que por Febo, / don Francisco de Que-bebo / y Félix Lope de Beba». En fin, bondadoso don Luis.

En 1582, con veinte años, se alistó nuestro protagonista en la expedición del marqués de Santa Cruz a la isla Tercera, donde tal vez se inspiraron sus conocidos versos, que podemos ver en el monumento a don Álvaro de Bazán en la madrileña Plaza de la Villa: «El fiero Turco en Lepanto / en la Tercera el Francés / y en todo el mar el Inglés / tuvieron de verme espanto ...». No tenemos detalles de su actuación militar en esta expedición, pero es lógico que le serviría de aprendizaje en estas lides, pues sabemos que seis años después, en mayo de 1588, se enroló en la Gran Armada a Inglaterra, en el galeón *San Juan*, de donde volvió a España en diciembre del mismo año. Luego, entre 1592 y 1595 fue gentilhombre del duque de Alba, de quien probablemente debió de conocer los datos acerca de su tío el prior, de los que luego haremos referencia.

Unos años después, en 1614, viudó ya de su segunda mujer, Juana de Guardo, hija de un rico abastecedor de carne y pescado, vino a sentar la cabeza, ordenándose sacerdote. Sabemos, no obstante, que esta conversión tuvo resultados poco duraderos, ya que nos consta que la vida desarreglada de nuestro autor perdurará hasta su muerte.

En 1627, Lope de Vega se cruzará como caballero en la Orden de Malta. No se conserva expediente alguno para su ingreso en la Orden, y por ello todavía se discute hoy si debió aportar únicamente la prueba de su nobleza por la rama paterna y se le eximió de los otros tres cuarteles preceptivos, o si fue exclusivamente la decisión del papa la razón por la que el gran maestre le

recibió en la Orden; porque sabemos que Lope recibió directamente del papa Urbano VIII su bula de nombramiento de caballero, que es la razón principal por la que lo mencionamos en estos momentos. La razón de esta iniciativa papal fue premiar a Lope por su obra *Corona trágica. Vida y muerte de la serenísima reina de Escocia María Estuarda*.

Sea como fuere, esta pertenencia supuso un honor enorme para Lope, que a partir de entonces utilizó siempre el tratamiento de «frey» por delante de su nombre y prendió en su pecho, desde entonces, la cruz sanjuanista de ocho puntas, como podemos ver en su retrato más conocido. Murió este gran literato, en Madrid, el 27 de agosto de 1635.

El interés de Lope por las órdenes de caballería en general, y por la de Malta en particular, lo llevó a escribir, entre 1596 y 1603, la pieza teatral *El valor de Malta*, ambientada en las luchas marítimas que la Orden mantuvo por todo el Mediterráneo con los turcos. Obra que pasó sin pena ni gloria, cito sin embargo estos versos ilustrativos de ella, con una brillante arenga a los caballeros para acudir a la defensa de la isla:



Frey Félix Lope de Vega Carpio

*¡Aquí de Dios caballeros
honrados con la cruz blanca!
¡A la costa, a la marina,
que vuestro Maestre os llama!
Lunas de Aragón la antigua,
claros Beamontes de Francia,
Sandoval de Castilla,
nobles Colonnas de Italia,
Sotomayores de Cuenca,
Garcilasos de Granada,
Barrientos de Piedrahíta,
Rodríguez de Salamanca.
¡Al mar! ¡Aquí de la Iglesia!
¡Aquí de San Juan y Malta!
¡Que más de ochenta galeras
ocupan las ondas bravas!*

*Turcos son que a Malta vienen
contra las cruces de Malta,
que el gran Solimán, su dueño,
mucho ha que las amenaza.
¡Aquí los cruzados pechos,
que antes que salgan del agua,
pagarán su atrevimiento
al filo de nuestra espada.
¡Disparen, toquen apriesa!
¡Aquí de San Juan! ¡Al arma,
que llegan al puerto! ¡A ellos!
¡Muera el Turco y viva Malta!*

Pero más interés para nosotros tuvo otra obra, *Más mal hay en La Aldegiuela de lo que suena*, subtitulada *El prior de Castilla*. Pieza poco conocida, nos narra la juventud del prior de Consuegra don Fernando de Toledo, hijo natural del gran duque de Alba, que fue ilustre prior sanjuanista de Castilla y León entre 1564 y 1591.

El prior había nacido en La Aldehuela (Ávila) en 1527, fruto de los amores del que sería gran duque de Alba, entonces soltero, con la bella hija de un molinero de aquel pueblo. El comienzo de su historia tiene lugar en 1541, en Piedrahíta, lugar de señorío de la casa de Alba, donde el duque fue agasajado con un festejo taurino en el que los mozos del pueblo corrieron unas vaquillas. El duque se fijó en uno de ellos, que le pareció el más distinguido y cuyo rostro le resultó familiar, y le preguntó quién era, pensando que sería hijo de alguno de sus anfitriones. «Mi nombre es Fernando –le respondió el mozo– y soy hijo de María, la molinera de La Aldehuela, y de vuestra señoría». Naturalmente, el duque se acordó del encuentro que había tenido años atrás con la bella molinera, y comprendió por qué el muchacho le resultaba tan familiar. A partir de entonces, la carrera de este mozo varió radicalmente su curso, y al año siguiente, tras las dispensas oportunas, se cruzaba como caballero en la Orden de San Juan de Jerusalén.

El muchacho, además de un buen padrino, tenía también un incuestionable mérito, y tres años después lo vemos pasando a Alemania, con su padre, en servicio del Emperador contra los príncipes luteranos alemanes. El joven condujo una compañía de caballos lanzas en la batalla de Mühlberg, el 29 de abril de 1547, lo que fue, a sus veinte años, la primera prueba de sus notables aptitudes militares.

Sabemos que, en 1554, don Fernando viajó a Inglaterra, junto a su padre, en el séquito del príncipe Felipe, que se dirigía a contraer matrimonio con María Tudor, y un año después pasaba a Milán junto al gran duque, recién nombrado gobernador de aquel ducado. El 8 de diciembre de 1555, don Fernando fue nombrado capitán de cincuenta caballos en el ejército de Lombardía. Y un año después recibió el título de coronel de un tercio de infantería que se levantó en Castilla para reforzar las tropas de su padre,

nuevo virrey de Nápoles. Durante este periodo se produjo la entrada victoriosa de los españoles en Roma en septiembre de 1557, cuando las tropas papales, aliadas del rey de Francia, fueron arrolladas por las españolas, teniendo el pontífice que solicitar la paz.

Fue por entonces cuando nuestro personaje recibió el nombramiento de prior de Castilla en la Orden de San Juan, sucediendo en él a su tío don Bernardino de Toledo. Este priorato, cabeza castellana de la Orden, tenía su sede en Consuegra, como todos ustedes saben. Más tarde, en 1579, don Fernando sucedería en el priorato de León al también su tío don Antonio Enríquez, primo hermano de su padre, hijo del conde de Alba de Liste. Desde entonces, ambos prioratos permanecerán unidos hasta su desaparición en el siglo XIX.



El prior de Castilla don Fernando de Toledo

Como prior de Castilla, don Fernando fue nombrado en 1565 general en jefe del ejército que se reunió para socorrer a los malteses asediados por los turcos, a cuyo auxilio acudió en la flota de su tío don García de Toledo, virrey de Sicilia, ya citado anteriormente.

Sabemos también que, el 18 de febrero de 1566, don Fernando recibió en Madrid el título de capitán general para las tropas que Felipe II decidió mandar como refuerzo a La Goleta de Túnez. Durante el eficiente desempeño de este cargo, el prior demostró que, por formación y experiencia, estaba llamado a ser algo más que un mero hijo natural con pretensiones de ilustrar su sangre y, curiosamente, de entre todos los hijos del gran duque, parece que fue siempre el preferido y el más apto en lo militar y lo político.

En 1567, cuando se produce una complicada situación militar en los Países Bajos, el gran duque de Alba es destinado a Flandes, como gobernador, para hacer frente a la inminente rebelión militar que los seguidores de Guillermo de Orange pretendían levantar contra la Monarquía. Ya en aquellas tierras, el prior don Fernando mandará, como general en jefe, la caballería ligera (cinco compañías de caballos españoles, tres de italianos y dos de alemanes, más dos de arcabuceros montados). Como le había aleccionado su padre, el prior demostrará preocupación por el bienestar de sus hombres, pero también por el mantenimiento de la disciplina más férrea. La actuación de la caballería durante la campaña, pocas veces determinante en aquel periodo, pero siempre

necesaria, contribuyó a frustrar la doble invasión, una desde Alemania, dirigida por Luis de Nassau, y otra desde Francia, a cargo de un contingente de hugonotes. Sobre estos acontecimientos escribió el prior al rey para informarle del devenir de la guerra, consiguiendo su éxito «con tanta reputación y autoridad de Vuestra Majestad cuanto en el mundo se podía desear». Tras tres años de servicio militar en los Países Bajos, Felipe II encargó a nuestro prior la misión de custodiar en 1570 el viaje de su sobrina y futura cuarta esposa, doña Ana de Austria, hasta Castilla. Descartada la ruta por Italia, el monarca ordenó que el prior la recibiera en Flandes y que desde allí tomara el mando de la expedición.

Luego, entre 1571 y 1580, don Fernando ejercerá de virrey de Cataluña. Será el que más tiempo ocupe el cargo de todo el reinado de Felipe II –nueve largos años–, lo que demuestra su éxito en el desempeño de aquel.

En 1578 se había producido la desgraciada muerte del rey Sebastián de Portugal en la batalla de Alcazarquivir, producto de su demencial incursión por el norte de África. Felipe II y el gran duque le habían desaconsejado esta locura. Conocida es la anécdota que nos relata que el joven rey portugués, exasperado de las dificultades que le planteaba el gran duque, le preguntó airado: «¿De qué color es el miedo, duque?», a lo que contestó este: «Del color de la prudencia, majestad».

Felipe II, como hijo de la emperatriz Isabel, tía del rey muerto, contaba con el apoyo de buena parte de la nobleza portuguesa y el beneplácito (más bien resignación) de las potencias europeas, pero hubo de hacer frente al levantamiento promovido por don Antonio, prior de Crato en la Orden de Malta, hijo bastardo del infante don Luis de Portugal. Felipe II encargó tan importante operación al gran duque de Alba, que se hallaba retirado, a sus setenta y dos años, a causa de la gota. Este enseguida reclamó la presencia de su hijo el prior don Fernando, encomendándole el mando de los arcabuceros a caballo. La victoria sobre Portugal, en la que la intervención del prior español se antojó clave, fue plena cuando la armada del marqués de Santa Cruz se impuso en la batalla de las islas Terceras. Su licencia para volver a Madrid fue posiblemente la última concesión que don Fernando hubo de agradecerle a su ya moribundo padre. Tras asegurar la posición de Felipe II en Portugal, el gran duque murió en Lisboa el 12 de diciembre de 1582.

Pero el nuevo titular de la casa de Alba, don Fadrique, cuyas relaciones con la Corona eran malas, mantenía también una relación complicada con su medio hermano el prior. Por primera vez en su vida, el prior debía hacerse un hueco en la Corte sin la asistencia de su padre y ante la pasividad de su hermano. Sin embargo, en marzo de 1587 recibió el preciado nombramiento de consejero de Estado y Guerra. Curiosamente, a la muerte de don Álvaro de Bazán, en los preparativos de la conocida como Armada Invencible, el experimentado marinerero don Miguel de Oquendo propuso que fuera el prior el comandante de la Gran Armada. No obstante, esta propuesta no llegó a materializarse, y fue el duque de Medina Sidonia quien llevó el mando de la flota española en aquella fallida expedición.



Murió el prior, en Madrid, el 21 de octubre de 1591, siendo enterrado en el convento de las carmelitas descalzas de Consuegra, donde una placa recuerda su sepultura. Fue indudablemente uno de los más ilustres priores de la Orden de San Juan aunque, analizando su biografía, parece que, salvo unos años al principio de su mandato, debió de regir su priorato desde bastante lejos de nuestras fronteras.

No vamos a tratar del famoso gran sitio de la isla de Malta por los turcos, que es archiconocido. Funes le dedica innumerables páginas. Pero quiero citar aquí, por su indudable dramatismo, el escrito del gran maestre enviado el 11 de julio de 1565 al virrey de Sicilia, del que extractamos lo siguiente:

«El aprieto en que me hallo, tan batido por todas partes, que ya la marina está casi abierta y sin defensa (...) provoca que nos hallamos rodeados de bastiones y artillería y, tan combatidos de ella, que no hay trincheras ni parapetos que basten a defendernos, (...) y los hombres, todos me gritan que les deje salir a morir en campaña (...) y no fuera posible detenerlos sino con la esperanza que les doy de la pronta llegada de la armada de Vuestra Excelencia, y esta es la única razón que les modera (...) Y tras esto, beso las manos de Vuestra Excelencia».

Como colofón de este gran enfrentamiento, voy a recitar unos versos, poco conocidos: «En Loor de los famosos caballeros de la Religión [de San Juan] y soldados que murieron peleando contra los Turcos, defendiendo la fe de Jesucristo en el fuerte de Malta llamado San Telmo el año de 1565». Están sacados del poema *Hispania victrix*, es decir, *España victoriosa*, compuesto por Pedro de Salazar. De él entresacamos los siguientes versos:

*Lugar remoto de aspereza lleno,
del mar por todas partes combatido,
de ti ha salido un tan sonoro trueno,
siendo tu insigne fuerte acometido,*

*que desde el Etna al Cáucaso sereno,
desde los Caspios hasta el encendido
Olimpo se oye y oirá sin falta
San Telmo el fuerte de la noble Malta.*

Y sigue:

*No desmayaron los varones altos
de ver manos y alfanjes tan crueles,
y los terribles ímpetus y asaltos
de los feroces Turcos infieles.
(...)
Las cruces blancas quando se adornaron
de esmaltes más lustrosos y más finos,
de donde el fino rosicler sacaron
para se dar matices dellas dignos.*

Y concluye:

*Por aventura el duro Marte estando
a los asaltos bravos asistiendo,
las altas suertes vuestras bien mirando
que cada cual hacía combatiendo,
las no vistas hazañas envidiando,
quiso extinguir su envidia deshaciendo
vuestras vidas y cuerpos en mil partes,
por que no hubiese en tierra tantos Martes.*

El otro hecho capital de la marina maltesa tuvo lugar tres años después, en Lepanto. Y no contamos para su relato con la crónica de Funes, pues esta concluye con la liberación del Gran Sitio.

Pero sorprende que la participación de la Orden en la batalla fuera tan reducida, puesto que solo tomaron parte tres de sus naves, siendo usual que, en su flota –como ya hemos repetido–, se contara permanentemente con una dotación de seis galeras. Pero las destrucciones y pérdidas provocadas durante el Gran Sitio no se habían podido superar todavía pues, como ha dicho una historiadora con acierto, las tropas que liberaron la isla se encontraron con un ejército de espectros entre ruinas. De hecho, de los 543 caballeros sanjuanistas que había en la isla al comienzo del Gran Sitio, solo quedaban con vida la mitad.

A esto hay que sumar la pérdida de tres galeras de la Orden, derrotadas por el bey de Argel, Uluj Alí, el año anterior. Su comandante en jefe, el baillío aragonés frey Francisco de San Clemente, había emprendido cobardemente la huida antes de entrar en combate, dejando a las otras dos galeras a su suerte. Esta defección le costó la vida al llegar a Malta pues, declarado «infame y pútrido» por abandonar su flota, fue ejecutado en La Valeta unos meses

después. Este hecho es muy recordado siempre, ya que no se conoce otro caso parecido de indignidad en la larga historia de la Orden. Murieron en este desastre veinte caballeros sanjuanistas, entre los que citamos a los seis muertos españoles: frey Miguel Cruzat, frey Jerónimo de Hocés, frey Pedro de Cañizar, frey Diego Enríquez y frey Francisco Barragán.

Por consiguiente, cuando don Fernando Dávalos, marqués de Pescara, nuevo virrey de Sicilia desde 1568, pide al gran maestre que envíe sus naves a la reunión general de la Santa Liga en Mesina, a la Orden no le queda una flota verdaderamente operativa.

El maestre se encuentra, por tanto, en un serio compromiso, pues solo posee una galera, la patrona *Nuestra Señora de la Victoria*, la que escapó de aquel funesto encuentro con el bey de Argel. Otra galera, la *Santiago*, se encontraba en construcción en el arsenal de Marsella, pero era imposible terminarla a tiempo. Sin embargo, a pesar de estar justificada su ausencia, los caballeros, inasequibles al desaliento, no quieren dejar de asistir a la cita y prestan rápidamente una segunda galera, la *San Pedro*, que era propiedad particular de un caballero francés.

Felipe II, que conocía bien la valía militar de los sanjuanistas, quiso que no se hallaran ausentes de la futura batalla. Por ello donó un casco de galera, todavía sin arbolado, para que se armara con toda presteza. Sería bautizada con el nombre de *San Juan*, patrono de la Orden. Inmediatamente, para su funcionamiento, se la dotó de una chusma de sesenta esclavos y de doscientos remeros malteses contratados al efecto.

La Orden, superando todas sus dificultades, además de conseguir aparejar las tres galeras para la expedición en un tiempo muy breve, intenta armar una cuarta, pero la falta de remeros y marineros impide su propósito. Para suplir esta carencia, el gran maestre decide reforzar las tripulaciones con más caballeros y soldados de lo habitual. Todos los sanjuanistas presentes en la isla se ofrecen como voluntarios, pero solo se cuenta con 190 plazas a bordo. Finalmente, tras una estricta selección, los 190 elegidos embarcan con el ánimo de haber sido privilegiados por la fortuna. Solo volverían 120 de ellos.

El Consejo de la Orden designó como general de la pequeña flota al prior de Mesina, frey Pietro Giustiniani, y para el caso de que tuviera lugar un desembarco, al gran bailío de Alemania, frey Joaquín Spar, con el español frey Tomás Coronel como sargento mayor. Se acordó que, si el gran bailío muriese en combate, el prior nombraría un nuevo general de tierra y, si falleciese él, el bailío Spar sería el comandante de las galeras.

Antes de la llegada a Mesina llegó la noticia de la caída de Famagusta, en Chipre, después de setenta y cinco días de heroica resistencia. Su gobernador, Antonio Bragadino, sufrió un espantoso suplicio pues, después de que le cortaran la nariz y las orejas, fue desollado vivo. El 10 de agosto de 1571, las tres galeras maltesas, bien armadas y con la máxima tripulación, zarpan del puerto de La Valeta para reunirse en Mesina con la flota pontificia de Marco Antonio Colonna, entre cuyos caballeros se encuentra el gascón frey Mathurin de Lescout Romegas, conocido como el «Bravo Romegas», a quien el papa en

persona había pedido que pasara a su servicio, dándole el cargo de superintendente de las galeras pontificias.

El 24 de agosto llegó don Juan de Austria a Mesina, acompañado de don Álvaro de Bazán y de don Luis de Requesens. El general Giustiniani cumplimentó al almirante en jefe en nombre del gran maestro, y don Juan correspondió enviando a Malta a don Ruy Díaz de Mendoza, para devolver la cortesía.

El 16 de septiembre, don Juan dio la orden de levar anclas, y el 22 de septiembre Pío V expide la bula *Cum sicut accepimus*, dictando privilegios de precedencia a favor de las galeras de Malta. Los sanjuanistas no solo navegaban a bordo de sus propios buques; muchos de ellos estaban repartidos entre la flota cristiana, donde llegaron a desempeñar importantes cargos. Entre otros, el prior de Hungría, frey Gabriel Serbellone, general de la artillería –curiosamente, este personaje era de la familia valenciana de los Cervelló–; frey Vincenzo Caraffa, consejero de guerra de don Juan; frey Juan Vázquez Coronado, capitán de la galera del propio don Juan, y frey Gil de Andrada, comandante de una de las escuadras de galeras, ambos del Consejo Supremo; igualmente el Bravo Romegas, gobernador de la escuadra pontificia, que tenía a sus órdenes a frey Gaspar Bruni, capitán de la nave capitana del Papa; a frey Pagano y a frey Andrea Doria, hermano y sobrino de Juan Andrea, o al español frey Francisco de Guevara, que también tuvieron puestos de responsabilidad.

El 7 de octubre, turcos y cristianos se encuentran, frente a frente, en Lepanto. Lo que sucedió después es bien conocido de todos, y podemos concluir con una cifra que pone de manifiesto el heroico comportamiento de los caballeros de Malta en su actuación militar. La Orden no tuvo buena fortuna durante la batalla, pues sus galeras estuvieron situadas en el lado derecho del cuerpo central de la flota cristiana, frente a las naves de Uluj Alí, bey de Argel, y llevaron la peor parte. La capitana de Giustiniani fue asaltada y desarbolada, siendo remolcada por Uluj Alí y llevada como modesto triunfo a Constantinopla.

Cervantes, en el capítulo xxxix de la primera parte de su *Don Quijote*, nos cuenta este episodio de la batalla, poniéndolo en boca de un cautivo que narra lo siguiente:

«Fue de esta suerte que, habiendo en la batalla Uluch Alí, bey de Argel, atrevido y venturoso corsario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, [y estos] malheridos, acudió la capitana de Juan Andrea Doria a socorrella, en la cual yo iba con mi compañía; y, haciendo lo que debía en ocasión semejante, salté en la galera contraria, la cual, desviándose de la que había embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen y así, me hallé solo entre mis enemigos, a quien no pude resistir por ser tantos. En fin, me rindieron lleno de heridas. Y como ya habréis oído decir que Uluch Alí se salvó con toda su escuadra (...) lleváronme a Constantinopla (...) habiendo llevado como muestra de su valor el estandarte de la religión de Malta».

Ciertamente, no podemos encontrar mejor testigo que aquel insigne escritor que se halló en primera línea en el fragor de aquella batalla.

Muchos años después, el autor católico inglés Chesterton, en el prólogo a su obra *La cólera de las rosas* (traducida por Jorge Luis Borges), expresa lo siguiente:

«Creo (...) que Lepanto es una de las páginas de hoy que las generaciones del futuro no dejarán morir. Una parte de vanidad suele incomodar en las odas heroicas ajenas; sin embargo, esta celebración inglesa de una victoria de los tercios de España y de la artillería de Italia no corre ese peligro. Su música, su felicidad, su mitología, son admirables. Es una página que conmueve físicamente, como la cercanía del mar».

Pero, naturalmente, aunque el poder naval del Gran Turco no volvió a ser el mismo tras «la más alta ocasión que vieron los siglos», como la definió nuestro Miguel de Cervantes, las luchas navales de los sanjuanistas continuaron durante todo el siglo siguiente. Invito al curioso a consultar la obra de Jaime Salvá *La Orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*, publicada en Madrid en 1944. Sus apéndices están sembrados de documentos, sacados del archivo de Simancas, mediante los que los virreyes o los grandes maestros de la Orden informan a la corona española de distintas acciones militares navales de nuestros sanjuanistas, o de la correspondencia particular guardada en otros archivos.

Voy a citar una, escogida al azar entre otras muchas, que ocurrió en agosto de 1617, cuyo título es el siguiente: «Relación de la gran presa que hicieron cuatro galeras de la Religión de San Juan de dos naves, cuatro caramuzales y dos galeras turquescas con el número de cautivos y cristianos libertados». (Aclaro que un 'caramuzal' es un barco turco de tres palos y popa muy elevada.) Y refiere el documento:

«El vigilantísimo Gran Maestre de San Juan, deseando que no se pasase este verano sin que sus belicosos caballeros hiciesen alguna presa al común enemigo de la católica religión, les dio orden para que saliesen en corso cuatro de las seis galeras. Estas galeras, a quien el enemigo teme mucho porque cada una de ellas puede pelear a la vez con cuatro turquescas, iba provocando la huida a las naves enemigas. Hasta que, considerándose suficiente número, se atrevieron a hacerlas frente sufriendo una gran derrota. Murieron allí más de ciento cincuenta turcos y se prendió a un agá de jenízaros y más de ciento ochenta de ellos. Tomándose cautivos a más de trescientas treinta personas de moros, turcos y judíos, todos ellos personas de rescate».

No me resisto a contarles, aunque solo tenga un valor anecdótico, que la mujer de uno de los judíos apresados declaró que era portuguesa y que, aunque hebrea de linaje, había sido siempre cristiana, pero que su padre, por fuerza, la casó con este hombre, aunque ella «con cristiano viejo habría preferido casar». Ya casada con él, «tomele amor – prosigue– y por amor tuve que dejar España e ir a Constantinopla, donde me hizo renegar por fuerza, aunque en el corazón tengo a Dios y a su madre», y concluye: «Todo lo tengo merecido por casarme con un perro judío».

Quiero también citar un poema anónimo que incluye el referido libro, el cual tiene su interés y está escrito con cierta vena poética. Se inicia así:

*Quando la risueña aurora
coronada de topacios
salía argentando el mar
negras sombras desterrando
de la gran isla de Rodas,
algún tiempo de cristianos
y agora de infieles turcos,
al vez por nuestros pecados.*

Luego, continúa narrando un fiero combate, y concluye:

*Mas de doscientos infieles
por esclavos han quedado;
de los muertos no se sabe
por ser en el mar echados.
Murieron en la pelea
algunos veinte cristianos
cuyas almas por su celo
están ya de Dios gozando.
Demos las gracias a Dios,
pues que, tras tantos nublados,
quiere mostrarnos el sol
más terso, más limpio y claro.*

Como digo, todo el libro está sembrado de curiosas noticias que nos ponen mucho más en contacto con la realidad social que las grandes crónicas oficiales de la época.

Y, ya para terminar, quiero hacer una breve referencia a dos documentos que hacen mención de sufridos caballeros hospitalarios que supieron llevar sobre sus espaldas toda esta enorme empresa que significó la religión sanjuanista.

La primera consiste en un documento que encontré hace años en un archivo particular y que nos pone en evidencia la cruda realidad de los tiempos heroicos de la Orden. Se trata de un pergamino muy maltratado y roído por los ratones, pero que conserva sin embargo su sello de plomo pendiente por un cordón de seda, con la inscripción *BULLA MAGISTRI ET CONVENTU HIERUSALEM HOSPITALIS*. Contiene una bula del gran maestro de la Orden de Malta Hugo de Loubens, de marzo de 1588, dirigida al caballero don Bernardino Guiral Pacheco, vecino de Ciudad Rodrigo. Por medio de ella, el maestro exime al caballero de asistir a los capítulos en respuesta a la petición de este, de cuya exposición se deduce que «hacía casi cuarenta años que tenía el hábito de la Orden, con más de veintidós de residencia», que había participado en la «bata-

lla de las galeras de Rodas», e intervenido «en la presa del galeón grande en la qual le mataron a un hermano», e igualmente «en el Gran Sitio, en el que sirvió haciendo lo que era obligado a caballero y buen religioso», y luego, «pasando los trabajos que se sabe pasan los esclavos, costándole muy buen dinero el rescate». Más tarde, «sirviendo en la Goleta, atendiendo a guardias y rondas, fue Dios servido de darle una enfermedad de la qual jamás ha podido sanar, quedando para siempre ciego».

El maestre, naturalmente, accede en dicha fecha a la petición, eximiéndole de más servicios y de su asistencia a los capítulos de la Orden.

La segunda referencia, bastante más moderna, consiste en un documento impreso dirigido a frey don José Sánchez Arjona y Briones, bailío del Santo Sepulcro de Toro en la Orden de San Juan de Jerusalén, comendador de Quiroga y Bodonal y coronel de dragones de los Reales Ejércitos, de fecha 19 de febrero de 1715, cuando todavía no era más que un simple caballero y contaba escasamente veinte años, que refleja cómo todavía, en el siglo XVIII, la vida de un caballero de Malta distaba de ser tranquila y confortable. En dicho documento se le comunica lo siguiente:

«En la Sacra Asamblea que se tuvo y celebró el día dieciocho del presente, se vio una carta del Eminentísimo señor Gran Maestre, mi señor, su fecha de cinco de enero próximo pasado de este año, acompañada de un decreto de Su Eminencia y Venerando Consejo en que, confirmándose por todas partes los avisos de las grandes prevenciones de Armada que hace el Gran Turco, con grande esfuerzo de galeras y bajeles y gran cantidad de pertrechos de guerra y provisiones, con el justo temor de que sean para invadir la isla de Malta, se ha resuelto, ordena y manda por segunda citación, que se intime a todos los venerandos Baylíos, Comendadores, Caballeros, y religiosos, sirvientes del hábito, profesos y novicios y menores edades, que hubieren llegado a los dieciocho años, de cualquier calidad y condición que sean y que residan en los límites de este priorato de Castilla y León, que por todo el mes próximo de marzo pasen y comparezcan en Malta personalmente, por último y perentorio término, para la defensa de la Religión y de aquella isla, con pena de que, de lo contrario se procederá contra quien no lo cumpliere sin remisión alguna, a privación del ábito y a las demás penas que disponen los estatutos de la Religión, encargando a todos que, además de las armas ordinarias, lleven para su servicio los más criados que les será posible, que sean hombres aptos para el manejo de las armas y no muchachos ni gente inútil, exceptuando sólo a los recibidores y procuradores de la Religión y a los que no tuvieren la edad de dieciocho años y a los que por su edad e impedimento legítimo no pudieren tomar armas. Guarde Dios a V. M. muchos años como deseo ...».

Quiero hacer, para concluir, una reflexión final con la que suelo terminar muchas de mis intervenciones sobre la historia de la Orden de San Juan. No cabe duda, como se puede deducir de todo lo referido, que no era una vida muy placentera ni tranquila la que tenían que arrostrar los caballeros de San Juan en esos tiempos heroicos, y la traigo aquí a colación como un obligado contrapunto a tantos estudios actuales sobre la historia de la Orden en los que se analiza, con preferencia, la formación de su patrimonio territorial, las

pingües rentas sanjuanistas, sus relaciones de poder, sus brillantes actividades políticas y diplomáticas... –a todo lo cual no podemos, naturalmente, restar importancia–, pero se abandona, casi totalmente, el estudio de todas estas otras pequeñas biografías, sin las cuales todo lo demás no habría tenido lugar, pues sin la labor abnegada y heroica de estos caballeros sanjuanistas olvidados, movidos de un enorme fervor religioso –hoy verdaderamente insólito– y un acendrado espíritu de servicio, tal vez la historia del Occidente cristiano habría sido muy diferente.

Bibliografía

- BOSIO, Iacomo: *Dell'istoria de la Sacra Religione et illustrissima militia di San Giovanni Gerosolimitano*, Roma, 1594.
- FUNES, Juan Agustín de (Fray don): *Corónica de la Ilustríssima Milicia, y Sagrada Religión de San Juan Bautista de Jerusalem*, 2 vols., Zaragoza, 1626 y 1636.
- MORENÉS MARIÁTEGUI, Carlos: «La Orden de Malta entre el Gran Sitio y Lepanto», en *La Orden de Malta, la mar y la Armada. Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, núm. 37, Madrid, 2000, 113-128.
- NEGRÓN COLOMER, Ángel: «Recapitulación histórica sobre la batalla de Lepanto», en VV.AA.: *Actas del I Simposio Histórico de la Orden de San Juan en España. Madrid, 25-29 de marzo de 1990–Consuegra, 30 de marzo de 1990*, Diputación Provincial de Toledo, 2003, 271-274.
- O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, Hugo: «La Soberana Orden de Malta y el mar», *ibídem*, 237-245.
- : «Los Álvarez de Toledo y el mar», en SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis (coord. y prol.): *Los Álvarez de Toledo, nobleza viva*, Junta de Castilla y León, 1998.
- PAU ARRIAGA, Antonio: *La Soberana Orden de Malta. Un milenio de fidelidad*, Madrid, 1996.
- SALAZAR y ACHA, Jaime de: «Algunas reflexiones sobre la actual historiografía referente a la Orden de San Juan de Jerusalén», *Homenaje al profesor Bonifacio Palacios. Revista de las Órdenes Militares*, núm. 4, Real Consejo de las Órdenes Militares, 2007, 207-228.
- : «Los caballeros de San Juan y las distintas etapas de su actuación naval en la Edad Media», *La Orden de Malta, la mar y la Armada (III). Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, núm. 63, Madrid, 2011, 25-40.
- SALVÁ, Jaime: *La Orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1944.